

Libro Sanación

Sanación - El Arte de Sanar

CAPÍTULO NUEVE

La Oración y la Intención

La Oración y la Intención

Si alguna vez has hablado con algo más grande que tú mismo—en palabras o en silencio, en oración formal o en susurro desesperado, en ritual o en alcanzar crudo y espontáneo—sabe esto: fuiste escuchado. Eres escuchado. El universo no es indiferente a tu alcanzar. Algo responde.

Este no es un capítulo sobre cómo deberías orar o si deberías orar. Es un capítulo para quienes ya lo hacen—en cualquier forma que tome—para entender más profundamente qué sucede cuando la consciencia alcanza hacia el infinito. Y es un capítulo para quienes se conectan de otras maneras, para que reconozcan que su práctica también participa en el mismo misterio.

El universo responde al alcanzar sincero. Esto no es poesía ni pensamiento deseoso. Es la naturaleza de una creación construida desde la consciencia misma. Cuando diriges tu consciencia hacia algo más allá de tu pequeño yo—ya sea que lo llames Dios, Fuente, el Universo, la Luz, o simplemente Algo—te comprometes con la tela misma de la existencia. La fuerza de tu deseo es la medida de lo que puede responder. La sinceridad de tu alcanzar determina lo que puede alcanzarte de vuelta.

Quienes oran con palabras participan en una práctica antigua y poderosa. No hay nada malo con las palabras. Las palabras enfocan la intención. Las palabras dan forma al anhelo. Cuando hablas al Padre, a la Madre, a lo Divino, al Infinito—cualquier nombre que resuene en tu corazón—estás haciendo algo real. El escéptico puede descartarlo como hablar contigo mismo, pero tú sabes más. Algo escucha. Algo responde. No siempre de la manera que esperabas, no siempre en tu cronograma, pero la respuesta viene.

El mismo Jesús modeló este alcanzar. En medio de multitudes y demandas y milagros, se retiraba a lugares tranquilos para conectar con lo que él llamaba el Padre. Si él necesitaba esa comunión, ese extraer del pozo del amor infinito, podemos confiar en que importa. La oración era relación—no fórmula, no obligación, sino conversación con la fuente de todas las cosas.

Sin embargo la oración toma muchas formas, y las palabras son solo una de ellas. Algunos oran en silencio, descansando en presencia sin necesitar articular nada. Esto también es oración—quizás una oración más profunda, donde el alma simplemente se abre sin agenda, sin palabras,

sin siquiera peticiones específicas. Solo presencia encontrando Presencia. El salmista sabía esto: *"He calmado y quietado mi alma, como un niño destetado con su madre."* A veces la oración más profunda no tiene palabras en absoluto.

¿Y qué de quienes no llaman oración a su práctica? Quien se sienta en meditación, aquietando la mente, abriéndose a lo que yace bajo el pensamiento—¿no es esto también un alcanzar hacia el infinito? Quien sostiene intención antes de una sesión de sanación, enfocando amor y cuidado hacia otro—¿no es esto oración con otro nombre? Quien simplemente pausa en un momento difícil y respira, dirigiendo la consciencia hacia algo estable y verdadero—esto también participa en el mismo misterio.

Estas no son prácticas que compiten. Son diferentes ventanas abriéndose al mismo sol. La persona que se arrodilla con cuentas de rosario y la persona que se sienta en meditación silenciosa y la persona que sostiene intención de sanación sobre un paciente—las tres están dirigiendo consciencia hacia el infinito. Las tres son escuchadas. La forma importa mucho menos que la sinceridad detrás de ella.

Lo que une a todas estas prácticas es el movimiento de la consciencia más allá del pequeño yo hacia algo mayor. Ya sea que lo llames oración, meditación, intención, contemplación, o simplemente conectar—el gesto esencial es el mismo. Vuelves tu atención de la charla interminable de la mente superficial hacia algo más profundo, algo más vasto, algo que realmente puede responder a tu alcanzar.

Hay un misterio en cómo funciona esto. El universo, parece, está construido para responder al pedir sincero. No exigir, no manipular, sino alcanzar genuino. Como un jardín que responde a la atención y el cuidado, la vida interior florece cuando es regada por la conexión consciente con la fuente. Las semillas que plantas con tu deseo e intención crecen en su propio tiempo, florecen en su propia estación. Puede que no veas resultados inmediatos, pero algo siempre está creciendo en respuesta a tu alcanzar.

Esto no significa que siempre obtendrás lo que pides. La oración más profunda no es una lista de demandas sino una apertura a la relación. El mismo Jesús, en su hora más oscura, oró: *"No se haga mi voluntad, sino la tuya."* Esto no es derrota ni resignación. Es el reconocimiento de que la sabiduría infinita ve lo que nosotros no podemos ver. La oración que incluye entrega—no entrega pasiva, sino confianza activa—se vuelve más poderosa, no menos. Pides lo que necesitas, y confías en que lo que viene sirve propósitos más allá de tu entendimiento actual.

Para quienes trabajan en sanación, este entendimiento transforma la práctica. Antes de poner tus manos sobre otro, antes de comenzar cualquier sesión, tienes la oportunidad de conectar con la fuente infinita. Llámalo como quieras—centrar, enraizar, orar, establecer intención—el efecto es el mismo. Te alineas con algo mayor. Reconoces que la sanación no viene de ti sino a través de ti. Abres el canal.

Algunos sanadores oran explícitamente, pidiendo guía y ayuda de lo divino. Otros simplemente sostienen intención, enfocando su deseo por el bienestar de quien está frente a ellos. Otros entran en un estado meditativo, volviéndose quietos y receptivos. Todos estos funcionan. Todos se conectan con la misma fuente. Lo importante no es la forma sino la sinceridad—y el reconocimiento de que no estás trabajando solo.

También hay poder en la intención sostenida. Un solo pensamiento, como una sola pincelada, puede no crear mucho. Pero el pensamiento al que se vuelve una y otra vez, la intención sostenida con persistencia—esto comienza a moldear la realidad. Como un artista que comienza con un boceto, luego refina, luego añade color, luego completa la obra con el tiempo, tu alcanzar repetido hacia una intención le da forma y sustancia. La voluntad de continuar, la fe de persistir incluso sin resultados visibles—estas son las cualidades que permiten que la intención se manifieste.

Por esto la práctica diaria importa—no como obligación sino como nutrición. La persona que se conecta con el infinito cada día, aunque sea brevemente, construye algo con el tiempo. Cada alcanzar fortalece la conexión. Cada apertura despeja el canal un poco más. Ya sea que tu práctica diaria sea oración matutina, meditación vespertina, o simplemente un momento de respiración consciente antes de comenzar tu trabajo—la consistencia crea efecto acumulativo.

Algunos hablan de orar sin cesar. Esto no significa murmurar palabras cada momento. Significa mantener una corriente subterránea de conexión debajo de cualquier otra cosa que estés haciendo. Trabajar mientras conectado. Caminar mientras conectado. Vivir en consciencia continua del Yo mayor que habita dentro y alrededor de ti. Esto es posible—no a través del esfuerzo sino a través de práctica que eventualmente se vuelve natural, como respirar.

Hay una dimensión más que vale la pena mencionar: oración o intención dirigida hacia situaciones difíciles y personas difíciles. La enseñanza de orar por quienes te han herido no se trata de pretender que la herida no sucedió. Se trata de liberarte del enredo del resentimiento mientras simultáneamente envías luz a la oscuridad. Cuando sostienes en intención amorosa a

alguien que te ha dañado, algo cambia—en ti, ciertamente, y quizás de maneras que no puedes ver, en ellos también. Esta es práctica avanzada, no requerida pero disponible para quienes estén listos.

Cualquier forma que tome tu alcanzar, sabe que es válida. Las palabras que hablas al silencio, las intenciones que sostienes en tu corazón, la quietud que cultivas en meditación, el amor que enfocas antes del trabajo de sanación—todo esto participa en la misma gran conversación entre lo finito y lo infinito. No estás solo en tu práctica. Te unes a una vasta compañía de quienes han alcanzado y sido alcanzados, quienes han pedido y recibido, quienes se han abierto y sido llenados.

El infinito espera, con paciencia infinita, tu alcanzar. No demanda palabras específicas ni posturas ni creencias. Solo pide sinceridad. Solo pide que te vuelvas, aunque sea brevemente, del ruido de la superficie hacia el silencio de las profundidades. En ese volverse, algo responde. En ese alcanzar, algo alcanza de vuelta. Eres escuchado. Siempre has sido escuchado. Y la respuesta, aunque pueda venir en formas que no esperabas, es siempre amor.